



Hernández González, Manuel. *Liberalismo criollo y sacarocracia en Cuba. José Arango y Núñez del Castillo (1765-1851)*. Tenerife: Eds. Idea, 2014. 266 pp.

El profesor Hernández González ha dedicado una parte de su abundante producción historiográfica a estudiar la biografía personal y política de personajes (en su mayoría de origen canario, hispano-antillano y venezolano) que fueron protagonistas del largo y complejo proceso de transición del antiguo régimen a los inicios de la modernidad política en la monarquía hispánica, entre finales del siglo XVIII y primeras décadas del XIX. El último de esos trabajos, que es el que aquí reseñamos, trata de José Arango y Núñez del Castillo, sin duda una de las figuras más relevantes de lo que Hernández define como “liberalismo criollo” cubano, que hasta ahora había quedado eclipsada -como tantos otros de su generación- por la abrumadora presencia historiográfica del líder indiscutible de la elite cubana de la época, Francisco de Arango y Parreño, primo hermano de José.

En el primer capítulo presenta una densa reseña familiar y genealógica, género que domina el profesor Hernández. La familia de José presenta una larga nómina de hermanos y hermanas. Las carreras de los primeros -como Anastasio (1772), Andrés (1773) y Rafael (1788), los tres militares formados en las academias de la península- y los enlaces matrimoniales de varias de las hermanas, junto a otros parentescos -como el de su primo Francisco Arango- y amistades, muestran la amplia red de relaciones que facilitaron a José el desarrollo de su carrera. Sus hermanos Andrés y Rafael tuvieron parte muy activa en la guerra contra los franceses en la península, y Andrés y Anastasio desarrollaron luego una larga y exitosa carrera en torno a la Corte, tanto en los negocios como en la administración y la política, llegando a ser senadores del Reino en la época de la Unión Liberal, el grupo político de la metrópoli más cercano a los intereses de la gran burguesía cubana en la década de 1860. José contrajo nupcias tarde, después de convivir muchos años con María de la Concepción Manzano, hija del poderoso marqués de Jústiz y esposa del marqués de Prado Ameno, del que estuvo separada casi todo el tiempo de su matrimonio hasta el fallecimiento del marqués. La abierta tolerancia hacia este modo de vida irregular de dos de sus miembros más connotados da una idea de la mentalidad de la alta sociedad habanera, tan diferente en muchos aspectos a sus homólogos de otras partes de la América hispana de la época.

José pertenece a la generación de las elites habaneras que fue protagonista del gran despegue económico y cultural de Cuba desde los años finales del siglo XVIII, cuando se fundan instituciones como la Sociedad Económica y el Consulado o Junta de Agricultura y Comercio, el Papel periódico de La Habana, etc. Representante de primer nivel de la cultura ilustrada cubana, precisamente sus primeros escritos son los Elogios que dedica a Ignacio Montalvo, el primer hacendado criollo (también era científico) que presidió el Consulado, y a Luis de las Casas (1790-1796), gobernante siempre aclamado por la historiografía aunque no siempre con fundamento. José, a

diferencia de su primo Francisco, fue ante todo un entusiasta de la Sociedad Económica, y le tocó ver cómo iniciaba una segunda y fecunda etapa bajo la presidencia de Díaz de Espada, el obispo de La Habana sobre el que Consolación Fernández Mellén ha publicado una importante monografía.

Como sus hermanos, debió de sentir inclinación por la carrera militar e ingresó muy joven en el Regimiento de Dragones de Matanzas, un cuerpo miliciano de los más prestigiosos de la Isla y desde el que podría haber dado fácilmente el salto al ejército profesional, como ocurrió con alguno de sus hermanos y tantos otros criollos habaneros.

Él mismo aduce que no logró ascender “por no ser de las primeras familias”, una razón poco convincente por lo que se refiere a la posibilidades de ascenso pero significativa, pues de algún modo nos confirma que, efectivamente, tanto los Arango Núñez del Castillo como los Arango y Parreño, aún siendo dueños de algún ingenio azucarero, nunca estuvieron entre las grandes familias de hacendados de la Isla, aunque en ello influyera, y no poco, la división de las herencias entre la numerosa prole de ambas ramas a lo largo de las dos o tres generaciones del siglo XVIII. Los Arango deben sus méritos a sus carreras profesionales -en el ejército y la administración, en la política local y nacional, como ensayistas de la economía y ciencia ilustradas, etc.- y no a grandes propiedades ni títulos de Castilla.

Aprovechando una estancia en la Corte y probablemente gracias a los contactos de su primo Francisco en la Secretaría de Hacienda -que presidía Diego de Gardoqui, paisano y pariente de Luis de las Casas-, José logró hacerse con uno de los empleos más importantes de la intendencia de real hacienda en La Habana, la tesorería de ejército y de marina, en 1795, tras ingresar en las cajas 8.000 pesos como donativo para la guerra contra Francia. Sustituía nada menos que al poderoso Ignacio de Peñalver y Cárdenas, marqués de Arcos, que había heredado el empleo de su padre y de su abuelo. El abundante y pesado trabajo burocrático del empleo, mal compensado con un sueldo corto, no le satisfizo, de modo que pocos años después marchaba de nuevo a la península con el propósito de lograr otro más acorde con sus aspiraciones. Comienza entonces sus contactos con importantes personajes de la Corte pero también a sufrir las consecuencias de las pugnas de facciones y partidos, que le llevarán a adoptar una opinión muy crítica sobre el gobierno de Godoy y, en definitiva, una posición política claramente liberal aunque moderada.

Sin haber logrado su propósito regresó a La Habana. Un incidente grave ocurrido en 1804 en la tesorería de su cargo, el robo de unos 155.000 pesos, y la causa que, como último responsable de las cajas, se le abrió enseguida, tras separarle del cargo, fue la ocasión para que se desplazara de nuevo a España. No era ni mucho menos la primera vez que se producía un robo importante en las cajas habaneras y la cantidad sustraída en esta ocasión no era especialmente llamativa. Aunque tanto el asesor de la intendencia y primer instructor de la causa (Francisco Antonio García Quintana, que no debe confundirse con el poeta y político Manuel José Quintana, también amigo de José) como el intendente en ejercicio (Aguilar) reconocieron que el robo no podía ser responsabilidad de Arango, a pesar de lo cual fue cesado y embargados todos sus bienes. Casi al mismo tiempo llegaban a la mesa del ministro, en Madrid, diversas solicitudes para sustituirle, circunstancia que avala la sospecha de una conspiración contra el tesorero, montada probablemente por los enemigos declarados de los Arango y, en general, del grupo dominante de los habaneros -hacendados criollos y comerciantes peninsulares- que dominaban el Consulado. El caso es que

José marchó una vez más a la Corte, en 1807, para defender allí su causa. Justo en marzo de 1808 disponía ya del sobreseimiento de la misma cuando se producen los sucesos de Aranjuez. Ya de parte de la Regencia obtuvo sentencia favorable, pero al haberse trasladado anteriormente la causa a la Audiencia de Puerto Príncipe en Cuba, no terminó de resolverse hasta 1811, y para entonces su patrimonio y economía habían sufrido gravemente. Esta parte del proceso y su final queda algo confusa en el trabajo de Hernández, como que el propio expediente es en sí mismo harto complejo. Lo que quedó bastante claro es que los enemigos de los Arango, y de la elite criolla habanera, aprovecharon bien el famoso robo para atacar duramente al cesado tesorero.

Pero este tercer viaje a la península marcará para siempre su carrera. Allí coincide entonces con otros criollos habaneros como Gonzalo O'Farrill y el marqués de Casa Calvo, dos connotados servidores de José I que fallecieron en el exilio. Fue testigo de los sucesos de Aranjuez de marzo de 1808 y luego del 2 de mayo en Madrid, donde coincidió con su hermano Rafael, a la sazón teniente de artillería recién salido de la academia. Recogió sus experiencias e impresiones sobre aquellos importantes sucesos en un Manifiesto publicado el mismo año 1808, que pasa por ser uno de los primeros impresos que contribuyeron a la rápida difusión por toda la península, y más allá, de las noticias sobre aquellos sucesos

Según él mismo afirma, su actividad antifrancesa le obligó a salir de Madrid a primeros de junio. Regresó a la capital después de la victoria de Bailén, buscando que se le hiciera justicia en su causa habanera. En Extremadura, en su huida de Madrid a Sevilla, coincidió con su otro hermano militar, Andrés. En la capital andaluza coincidió con Francisco de Saavedra, que presidía la Junta de Sevilla y había conocido y protegido a su primo Francisco. Pero no obtuvo del prestigioso político sevillano la protección y apoyo que esperaba de él. Al contrario, la Junta Central le condenó como traidor y fue encarcelado en el castillo de Santa Catalina, prisión de la que se libró por la intervención de su hermano Andrés, uno de los héroes de Bailén. Precisamente contra la Central escribió su Exhortación de un español americano a sus compatriotas europeos (1808), en donde le negaba legitimidad como gobierno de la monarquía y mostraba claramente sus ideas liberales, en este caso fruto de su admiración por los Estados Unidos.

En 1809 regresa a Cuba, donde participará activamente en la disputa política que se dio en esta primera etapa constitucional en La Habana, a la que luego nos referiremos brevemente. Todavía hizo un tercer viaje a la península, en 1816, coincidiendo en Madrid con su primo Francisco, que ejercía esos años, muy activamente, su cargo de consejero de Indias. En esta ocasión logró José el restablecimiento de su crédito como funcionario al recibir el nombramiento de intendente honorario, una nueva muestra de esa privilegiada relación que mantenían estos criollos ilustrados con los círculos de poder de la metrópoli, lo que tanto molestaba a sus enemigos en La Habana. De nuevo en Cuba, fue un "fiel colaborador y amigo" del gobernador José Cienfuegos, como éste mismo reconoció, y del gran intendente ilustrado Alejandro Ramírez, del que más adelante publicaría un encendido elogio.

El cuerpo central del trabajo lo dedica Hernández a resumir y glosar la abundante literatura política de Arango, que ve la luz sobre todo, y significativamente, en los dos períodos constitucionales. En la de los años 1808-1813 destaca su defensa de la libertad de imprenta, su informe sobre la necesidad de liberalizar el cultivo y comercio del tabaco, y la defensa de la propuesta de formación de una Junta en La

Habana en 1808 a imitación de las que se establecieron entonces en la península. Del periodo 1821-1823 sobresalen sus publicaciones en respuesta a los que le acusan de independentista por haber defendido aquella propuesta de Junta. En toda esta publicística, Arango, como lo había hecho su primo Francisco, da muestras claras de ese liberalismo ilustrado, tal como lo define Noelia González Adánez, entre otros. El profesor Hernández González prefiere calificarlo, más específicamente, de liberalismo criollo, concepto que define a partir de la defensa del alto grado de autonomía logrado por la elite criollo-peninsular habanera en la toma de decisiones sobre el gobierno de la Isla, en especial las grandes ventajas otorgadas a la Isla por la política fiscal-comercial de la corona, que permitió a la Antilla convertirse en un emporio de riqueza, sustentada en el sistema de plantación esclavista. Esa autonomía se vio amenazada, ya desde finales del siglo XVIII, por un pequeño grupo de peninsulares liderado por el presbítero Gutiérrez de Piñeres que representaba en La Habana los intereses colonialistas de Cádiz y Madrid, un grupo en realidad de mentalidad reaccionaria aunque, insistente pero erróneamente, se le califique de “liberalismo exaltado”. Los piñeristas se mostraron exaltados, desde luego, pero de liberales tenían muy poco. Su objetivo no era otro que sustituir, desde una posición colonialista, a aquella élite local en el control efectivo de la política económica y comercial de la Isla. Por ello centraron sus ataques en quien ejercía el liderazgo de esa élite, Francisco Arango y Parreño, en su primo José Arango del Castillo, y sus aliados - el capitán general, el intendente- a través de periódicos, panfletos y la movilización de la opinión pública habanera, temática bien estudiada por Larry Jensen. Frente a éstos, los Arango defenderán siempre las prerrogativas liberalizadoras obtenidas por ellos mismos para la economía cubana, causa de la prosperidad de su clase, al tiempo que dejaron siempre clara su fidelidad a la monarquía: José se definía “un español nacido en Bejucal”. Como ha dicho el profesor Opatrný, la patria de estos criollos no era otra que la nación española, sin que ello fuera obstáculo para sentirse y defender su cubanidad. En todo caso, en estas agudas polémicas de opinión que tuvieron lugar en La Habana no se debatían tanto diferencias ideológicas como posiciones de poder y enfrentamientos personales.

En todo caso, lo más relevante en mi opinión de este amplio y detallado estudio del profesor Hernández -que viene a culminar otros suyos sobre la misma temática- consiste en que permite advertir como se ponen las bases de los inicios de la política moderna en Cuba en estas primeras décadas del siglo XIX. Sin duda, los primeros y principales actores de esa política fueron los Arango -José, como su primo Francisco. Aún con todos los prejuicios de clase y raza, comunes por otro lado a la inmensa mayoría de los líderes políticos coetáneos en Europa y en América, y en medio de la ambigüedad conceptual propia de una época de transición, ellos representaron el pensamiento liberal-ilustrado que fue la base ideológica del régimen liberal moderado o conservador de mediados del XIX. Esta clara posición ideológica de los Arango les permitió sobrevivir en la administración y como actores políticos dentro de la monarquía como reflejan. Como el mismo profesor Hernández resume al final de su obra, “La trayectoria vital de José de Arango es un retrato singular pero no menos representativo del esplendor, la combatividad y la decadencia de la sacrocracia cubana en una etapa crucial de su historia, a medio camino entre la expansión de la economía de la plantación azucarera y su quiebra como clase hegemónica de la sociedad cubana” (p. 254). Sin embargo, como reflejan las carreras de Andrés y Anastasio, hermanos de José, fue la posición ideológica y la vocación política de los

Arango, mucho más que la condición de medianos hacendados de algunos de ellos, lo que les permitió sobrevivir a la decadencia de esa sacarocracia.

Por lo demás, se echa en falta una última revisión del texto que habría advertido errores, sobre todo ortográficos, fruto probablemente de una cierta precipitación. El autor maneja una bibliografía muy completa y se preocupa -a veces de modo excesivo, como que hay notas al pie que ocupan varias páginas- de contextualizar adecuadamente la abundante información sobre personas y circunstancias que rodearon la vida y obra de José de Arango. Un trabajo imprescindible, en definitiva, para quien pretenda conocer a fondo no solo a uno de los actores principales del primer liberalismo cubano (y español, en general) sino, en un contexto más amplio, los primeros y activos pasos de la modernidad política en Cuba.

Juan Bosco Amores Carredano
Universidad del País Vasco (España)
bosco.amores@ehu.es